

ESTOY AQUÍ



Lo perfecto en lo imperfecto

“We are the champions, my friends!”, cantábamos como las locas con la Caro de regreso a casa luego de mi última quimio, nuestros brazos extendidos danzando al ritmo de la música de Queen que sonaba a todo volumen en la radio del auto. Al terminar la canción, elegida con dulzura por mi hermana para celebrar ese momento, teníamos los ojos húmedos de alegría, alivio e incertidumbre. No sabría cómo explicar esa felicidad, porque la quimio era sólo el comienzo de un largo camino.

Me habían diagnosticado recién unos meses antes con un cáncer de mama etapa IV con una única gran metástasis en el centro del pecho. A pesar de que ya habían aparecido algunas señales de que algo no andaba bien, yo me dejé estar. Cuando finalmente sentí un poroto en mi pecho izquierdo simplemente lo supe. A los pocos días, una doctora muy empática me dijo al ver mis exámenes: “te puedo decir con un 99% de certeza que lo que tienes es cáncer, y que debes hacerte a la idea de que tendrás que pasar por quimioterapia, cirugía y radioterapia”. Honestamente, hasta el día de hoy no sé cómo uno se sobrepone a un momento como ese.

No puedo recordar el instante exacto en el que pasé desde la angustia y desolación absoluta a un cauto y no reconocido optimismo, simplemente pasó. Así llegó el momento de hacerme los exámenes de control un mes después de terminada la quimio y todo fueron sólo buenas noticias. Según las imágenes, mis dos tumores habían desaparecido por completo, lo que fue considerado una respuesta “brillante” por todos los especialistas que vieron mis exámenes. Mi cuerpo y yo habíamos pasado de ser enemigos absolutos durante toda mi vida, a ser aliados contra un enemigo común y lo habíamos logrado juntos de manera impecable.

El pelo, y con él mi identidad perdida, fueron creciendo lentamente, y junto con ellos mi cuerpo se recuperaba, así como mi alma rota. Intenté siempre llevar los cambios físicos del tratamiento con dignidad, nunca me vi realmente enferma hasta que comenzó a caerse el pelo. Recuerdo que la gente me empezó a mirar y a tratar distinto, pero en cierta forma me gustaba que me miraran, porque yo no tenía nada de qué avergonzarme.

Algunos incluso me hicieron sentir que la enfermedad era mi culpa por “no saber lidiar con mis emociones”, y eso me daba más rabia que todos los diagnósticos juntos, esa era para mí la real injusticia. Me revelaré una y mil veces contra quienes piensen que uno puede causarse a sí mismo una enfermedad así.

El siguiente paso, la cirugía, fue para mí casi un trámite. Pero la biopsia post cirugía no salió como lo esperaba:
Examen Microscópico: % carcinoma invasor..... 1%

Este simple numerito significaba que un 1% del tejido que me sacaron durante la cirugía aún contenía células cancerígenas. La conclusión seguía siendo que todo había salido bien, porque los bordes de la muestra estaban limpios, pero ese 1% no me dejó dormir por muchas noches, representaba una mancha oscura para mi “respuesta brillante” y ese porcentaje me abatió, casi como si me hubieran diagnosticado todo otra vez.

Un día le revelé a un amigo lo descorazonada que me sentía por culpa de ese 1%, porque significaba que todo no había sido perfecto como yo hubiera querido, y él me hizo ver que la conclusión era simple: nada es perfecto, pero a la vez todo lo es.

Ese 1% es mi gran compañero de viaje hasta el día de hoy, años después de esa biopsia sigo sana y gracias a ese pequeño porcentaje, tengo presente que nunca tengo que bajar los brazos, nunca más “me dejaré estar”.

Por mí, por ti, por todas.

